

# SAN JOSE

Dios quiso venir al mundo en silencio. El Reino que venía a instaurar era muy distinto del que pretendían las ambiciosas aspiraciones mesiánicas de muchos hebreos. Dios vino escondido y permaneció escondido durante mucho tiempo: treinta años. Cristo, *perfecto Dios, perfecto hombre*<sup>1</sup>, quiso vivir exactamente igual que cualquiera de nosotros, participar con toda plenitud de la naturaleza humana, hasta sus últimas consecuencias, a excepción del pecado. Y para ser un hombre más entre los hombres, necesitó de un hogar y eligió a la Virgen María como Madre, y a San José, cabeza de familia, de modo que era considerado, *según se creía, hijo de José*<sup>2</sup>.

## *La misión de San José*

Sobre el Santo Patriarca recayó *la misión de custodiar al Hijo de Dios, al Rey del mundo; la misión de custodiar la virginidad, la santidad de María; la misión de cooperar —único llamado a participar del conocimiento del gran misterio escondido a los siglos— en la Encarnación divina y en la salvación del género humano*<sup>3</sup>.

(1) Símbolo *Quicumque*.

(2) Luc. III, 23.

(3) Pío XI, *Alocución*, 19-III-1928.

San José llevó a cabo esta triple misión con una fidelidad ejemplar. Su matrimonio con la Virgen, real, auténtico, fue un medio siempre inadvertido para salvaguardar la virginidad inmaculada de María; pero fue, sobre todo, el instrumento querido por Dios para sostener la infancia del Verbo divino. Antes de que naciera, aceptó dedicarse a su servicio. *Un ángel del Señor se le apareció en sueños diciendo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu Esposa, porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo (...). Con eso, José, al despertarse, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y recibió a su esposa* <sup>4</sup>.

Era José, como María, *de la casa y familia de David* <sup>5</sup>, de donde había de nacer el Cristo, según la promesa: *suscitaré a tu linaje, después de ti, el que saldrá de tus entrañas y afirmará su reino. El edificará casa a mi nombre, y yo restableceré su trono para siempre* <sup>6</sup>. Así, Cristo, que era linaje de David según la sangre por María, su Madre, fue empadronado en la casa real, ante los hombres, por medio de José, pues el que vino al mundo debió ser empadronado según el uso del mundo. *Quien desea hacer constar la condición de su linaje, sea en el senado, sea en la curia de cualquier ciudad, debe presentar la persona de un varón. Tal era el uso de la Escritura: buscar siempre el origen por un varón* <sup>7</sup>. Y ese varón que debía hacer las veces de padre al Dios hecho Niño fue José.

Días después del nacimiento de Cristo, es también el Santo Patriarca el encargado de imponer el nombre al Verbo encarnado, según el mandato de Dios: *le pondrás por nombre Jesús* <sup>8</sup>, que es como si se le dijera, según glosa San Juan Crisóstomo: *todo lo que conviene a un padre, sin atentar a la virginidad, todo te lo entrego a ti* <sup>9</sup>.

La misión de José respecto al Niño Jesús fue la que todos los padres tienen: de sostenimiento y educación. Con su trabajo esforzado, sin brillo en lo humano —un pobre artesano de una pequeña aldea— cubrió, durante años, las necesidades de aquella Familia que le había encomendado el Señor, de tal modo que *mejor llevó a efecto la paternidad*

(4) Matth. I, 20-24.

(5) Luc. II, 4.

(6) II Sam. VII, 12-13.

(7) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* I, 3.

(8) Matth. I, 21.

(9) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 4, 6.

del corazón que otro cualquiera la de la carne <sup>10</sup>. Precisamente toda la santidad de José reside en el cumplimiento, fiel hasta el detalle, de esta misión tan grande y tan humilde, tan alta y tan escondida, tan brillante y tan circundada de tinieblas <sup>11</sup>.

¡Cómo me conmueve —cada día más— la figura de San José!, exclamaba nuestro Fundador. Veo en él el esfuerzo de la criatura que pone toda la delicadeza, todo el cariño y toda la dedicación en su tarea de servir al Señor <sup>12</sup>.

### *Maestro de vida interior*

Nuestro Padre nos enseñó a ver en San José el Maestro de la vida interior, porque es, después de Santa María, la criatura que ha tratado a Jesús en la tierra con más intimidad <sup>13</sup>.

Vamos a entrever mejor la misión del Santo Patriarca junto a Jesucristo, nos invitaba en otra ocasión. José pasa escondido; apenas nos habla de él la Sagrada Escritura. El Santo Patriarca tiene una misión divina: es un alma toda de Dios, un alma que se dedica por entero a las cosas de Jesucristo <sup>14</sup>. Poco nos cuentan de San José los evangelistas, pero es lo suficiente para que podamos contemplar su vida de servicio abnegado, y aprender tanto. Ha escrito nuestro Padre que José era efectivamente un hombre corriente, en el que Dios se confió para obrar cosas grandes. Supo vivir, tal y como el Señor quería, todos y cada uno de los acontecimientos que compusieron su vida. Por eso, la Escritura Santa alaba a José, afirmando que era justo (cfr. Matth. I, 19) <sup>15</sup>.

San Mateo nos lo presenta siempre obedeciendo: José, al despertarse, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor <sup>16</sup>, también en condiciones difíciles: levantándose José tomó al Niño y a su Madre, de noche,

(10) San Agustín, *Sermo* 51, 26.

(11) Pio XI, *Alocución*, 19-III-1928.

(12) De nuestro Padre, *Noticias*, 1974, p. 970.

(13) De nuestro Padre, *Meditación. De la familia de José*, 19-III-1971, en *Crónica*, 1975, p. 11.

(14) De nuestro Padre.

(15) *Es Cristo que pasa*, n. 40.

(16) *Matth.* I, 24.

y se retiró a Egipto <sup>17</sup>. De las narraciones evangélicas se desprende la gran personalidad humana de José: en ningún momento se nos aparece como un hombre apocado o asustado ante la vida; al contrario, sabe enfrentarse con los problemas, salir adelante en las situaciones difíciles, asumir con responsabilidad e iniciativa las tareas que se le encomiendan <sup>18</sup>.

Obediencia. Humildad. Espíritu de servicio. Laboriosidad... Virtudes muy propias del espíritu de la Obra. Como explicaba nuestro Padre, que tanto cariño tuvo siempre al Santo Patriarca, era José (...) un artesano de Galilea, un hombre como tantos otros. Y ¿qué puede esperar de la vida un habitante de una aldea perdida, como era Nazaret? Sólo trabajo, todos los días, siempre con el mismo esfuerzo. Y, al acabar la jornada, una casa pobre y pequeña, para reponer las fuerzas y recomenzar al día siguiente la tarea.

Pero el nombre de José significa, en hebreo, Dios añadirá. Dios añade, a la vida santa de los que cumplen su voluntad, dimensiones insospechadas: lo importante, lo que da su valor a todo, lo divino. Dios, a la vida humilde y santa de José, añadió —si se me permite hablar así— la vida de la Virgen María y la de Jesús, Señor Nuestro. Dios no se deja nunca ganar en generosidad. José podía hacer suyas las palabras que pronunció Santa María, su Esposa: Quia fecit mihi magna qui potens est, ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es todopoderoso, quia respexit humilitatem, porque se fijó en mi pequeñez (Luc. II, 48-49) <sup>19</sup>.

No recibió Jesús de su padre adoptivo más que amor abnegado, sacrificio hasta el límite; un amor afectuoso de padre a hijo, a quien prefería sobre cualquier otro amor, de modo exclusivo. Y, por eso mismo, el amor más libre y meritorio que cualquier otra criatura, fuera de la Virgen, pudo ofrecer a Dios. La fe y la esperanza de José fueron plenas: en sus brazos tenía hecho Niño al que era Dios; escondido, débil, al que era la esperanza de todos los pueblos, el Salvador, el Omnipotente.

Siervo fiel y prudente fue José en su servicio a Jesús y a María. Justo, perfecto, son las alabanzas que la Iglesia le dedica: *el justo florecerá*

(17) Matth. II, 13.

(18) *Es Cristo que pasa*, n. 40.

(19) *Es Cristo que pasa*, n. 40.



como la palma <sup>20</sup>; y la santidad de José se elevó como las palmeras exuberantes del oriente. *Le santificó Dios por medio de su fe y mansedumbre, y le escogió entre todos los hombres* <sup>21</sup>.

José pasó oculto toda su vida, y pasó oculto también en su muerte. Cuando sus servicios no son necesarios, desaparece. No lo narra el Evangelio, pero es seguro que fue antes de que iniciara Jesucristo su vida pública. Todavía se acordaban de él, a poco de empezar el Señor su predicación: *¿no es éste el hijo de José?* <sup>22</sup>. Dejó cumplida su misión, con la misma humildad con que la había iniciado. Murió lleno de amor, entre Jesús y María.

## Patrono de la Iglesia

Del matrimonio de José con María, de su paternidad adoptiva sobre Jesucristo *deriva su dignidad, su favor, su santidad, su gloria* <sup>23</sup>, que lo convierten en la criatura más llena de gracia, después de la Virgen Santísima. *Después de la Madre de Dios, que es tota pulchra, concebida sin pecado, y que posee todas las perfecciones de que es capaz una criatura, después de Ella, la criatura más perfecta es San José. La misma razón que los teólogos aplican a Santa María, para exponer sus privilegios, se puede decir de San José. Convenía que el que había de ser padre de Dios en la tierra tuviera tanta perfección, y que estuviera lleno de virtudes, y que fuera físicamente bien plantado, con mucha simpatía, talento, fortaleza... Dios podía hacerlo, llenándole de gracias. Luego lo hizo* <sup>24</sup>. Por eso, la Iglesia, que le ha tributado siempre grandes honores y alabanzas, que ha recurrido a su intercesión en las circunstancias más difíciles, *lo ha solemnemente proclamado Patrono de la Iglesia Católica* <sup>25</sup>.

Ya en el mismo matrimonio de José y María *queda significada toda*

(20) Ps. XCI, 13.

(21) Eccli. XLV, 4.

(22) Luc. II, 22.

(23) León XIII, Litt. enc. *Quamquam pluries*, 15-VIII-1889.

(24) De nuestro Padre, Crónica, 1974, pp. 1150-1151.

(25) Sagrada Congregación de Ritos, Decreto, 8-XII-1870.

la Iglesia que, siendo virgen, está, sin embargo, desposada con un solo varón, Cristo <sup>26</sup>. Pero la Sagrada Familia no sólo simboliza la Iglesia, sino que en cierto sentido la contenía, como la semilla al árbol y la fuente al río. La divina casa que José gobernó como con autoridad de padre, contenía las premisas de la Iglesia naciente. Así como la Santísima Virgen María es Madre de Jesucristo, así también es Madre de todos los cristianos, a quienes ha generado en el Calvario en medio de los dolores tremendos que la unían al Redentor moribundo. Jesucristo es también el primogénito de todos los cristianos, los cuales, por la adopción y la redención, son sus hermanos. Esas son las razones por las que el bienaventurado Patriarca considera particularmente confiada a sí la multitud de los cristianos que componen la Iglesia, es decir, esta inmensa familia esparcida por toda la tierra, sobre la que —por ser Esposo de María y padre de Jesucristo— posee, por así decir, una autoridad de padre. Por tanto es cosa natural y dignísima del Bienaventurado José que, como sostenía una vez todas las necesidades de la Familia de Nazaret y la rodeaba santamente de su protección, así ahora cubra con su celeste protección y defensa a la Iglesia de Jesucristo <sup>27</sup>. Al defender y servir a la Iglesia, San José no hace sino continuar su vocación divina, pues realiza en el cuerpo lo que antes hizo por Cristo, cabeza del cuerpo de la Iglesia <sup>28</sup>.

El patrocinio de San José sobre la Iglesia es universal y principalmente de orden espiritual; pero concierne también al orden temporal, como la del otro José, hijo de Jacob, llamado por el rey de Egipto “salvador del mundo”. Así como el primero satisfizo e hizo prosperar los intereses domésticos de su señor y rindió maravillosos servicios a todo el reino, así el segundo, destinado a ser el guardián de la religión cristiana, debe ser mirado como el protector y defensor de la Iglesia, que es verdaderamente la casa del Señor, el reino de Dios sobre la tierra <sup>29</sup>.

A San José nos ha enseñado a dirigirnos nuestro Padre en nuestra oración por la Iglesia. No quiero que seáis pesimistas: tenéis (...) que ser

(26) Santo Tomás, *S. Th.*, III, q. 29, a. 1 c.

(27) León XIII, enc. *Quamquam pluries*, 15-VIII-1889.

(28) Colos. I, 18.

(29) Sagrada Congregación de Ritos, *Decreto*, 8-XII-1870.

Quiere también la Iglesia nuestra obediencia: que amemos y sigamos sus mandamientos y directrices. En un cuerpo, sólo una pequeña parte tiene función directiva; los miembros restantes obedecen, y ordinariamente su servicio pasa inadvertido. Así sirvió José, así debemos servir tantos millones y millones de cristianos, fieles corrientes, que pasamos la vida en un trabajo sencillo, sin trascendencia externa visible, pero constante, intenso, eficaz, apostólico. No se conmoverán espectacularmente las masas, pero llevaremos a nuestros amigos a una vida más alta. No se obrarán milagros resonantes, pero sacaremos adelante la Iglesia de Cristo. *Al altar de Dios se acercan miles de personas: catedráticos, políticos, obreros, campesinos, sirvientes... Unos que son conocidos, y otros que son como José. ¡Serán los personajes del cielo!* <sup>33</sup>.

Fidelidad a las propias obligaciones. Donde estemos, queremos servir a la Iglesia sin servirnos de Ella. Nos sabremos unidos al Cuerpo Místico, siendo Cuerpo Místico, con sentido de responsabilidad. *¿Tú te das cuenta de que puedes ayudar a tus hermanos mandando sangre arterial; o ser un obstáculo, como un derrumbamiento en medio del camino? Malo es que tú te pierdas, pero peor es pensar que puedes ser causa de un retraso en la labor de los demás. ¿Qué hay en tu camino para que no puedas decir de verdad mihi vivere Christus est (Philip. I, 21)? Y San José podía decir eso. Todos lo deberíamos poder decir. Mira a ver cómo te portas, cómo vives tu vida ordinaria y oculta* <sup>34</sup>.

Por el Bautismo somos miembros del Cuerpo Místico de Cristo; pero hemos de ser miembros vivos, operativos. Los grandes problemas de la Humanidad, las grandes victorias para Dios y para la Iglesia se obtienen cumpliendo con amor el deber de cada día, viviendo con espíritu de sacrificio, muy unidos a la Cabeza visible de la Iglesia. En la Obra, donde estamos por vocación divina, este deber se ve urgido y facilitado por una gracia especial, que lleva a cada uno a *ser fiel en su sitio como instrumento dócil de Dios, a fin de que este ejército, que va siendo universal, responda con un solo latido, para hacer lo que pide la Iglesia. Ut castrorum acies or-*

(33) De nuestro Padre.

(34) De nuestro Padre.

dinata (Cant. VI, 3), como un ejército de paz en orden de batalla <sup>35</sup>.

Humildes, piadosos, obedientes. Sin salirnos de nuestro sitio, con sencillez, serviremos eficazmente a la Iglesia de Cristo. Y para eso acudimos a la protección de San José. Nosotros llamamos a San José —comentaba nuestro Fundador— con amor grande, desde el comienzo de la Obra, Nuestro Padre y Señor. Y yo os digo que es algo más, porque es Maestro de vida interior. Y a ti y a mí nos hace falta esta vida interior, para ser fieles en las actividades externas <sup>36</sup>: para servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida <sup>37</sup>.

### Nuestro Padre y Señor

En el Opus Dei, la devoción a San José es tan antigua como la misma Obra. Nuestra historia está llena de cariño al Santo Patriarca, y ya desde el principio nuestro Fundador nos enseñó a poner bajo su patrocinio la vida interior y el apostolado.

A veces —comentaba en cierta ocasión— pienso que os habréis preguntado: ¿cómo es posible que la devoción a San José tenga en la Obra esta raíz, esta hondura, si es una devoción relativamente reciente, puesto que ha comenzado a florecer en Occidente hacia el siglo XVI? Os responderé entonces que el cariño, la piedad, la devoción a San José, es consecuencia de nuestra vida contemplativa. Porque todos en la Obra estamos obligados a tratar mucho a Jesús y a la Virgen Santísima; y no se puede tratar íntimamente al Señor y a su Madre, a nuestra Madre bendita, si no estamos muy familiarizados con el Santo Patriarca, que era el jefe de la Familia de Nazaret <sup>38</sup>.

Tenemos en la Obra un motivo más para acudir a San José. Anoche —decía nuestro Padre en un 19 de marzo—, cuando ya estaba acostado, invoqué muchas veces a San José, muchas, preparando la fiesta de hoy.

(35) De nuestro Padre.

(36) De nuestro Padre.

(37) De nuestro Padre.

(38) De nuestro Padre, Meditación San José, Nuestro Padre y Señor, 19-III-1968, en Crónica, 1971, p. 195.



Con gran claridad entendía que realmente formamos parte de su familia. No es un pensamiento gratuito; hay muchas razones para afirmarlo. En primer lugar, porque somos hijos de Santa María, su Esposa, y hermanos de Jesucristo, hijos todos del Padre del Cielo. Y luego, porque formamos una familia de la que San José ha querido ser cabeza. Por eso le llamamos, desde el principio de la Obra, Nuestro Padre y Señor <sup>39</sup>.

Por eso también, la fiesta más solemne e íntima de nuestra familia, aquella en la que nos reunimos todos los miembros de la Obra pidiendo a Jesús, Salvador nuestro, que envíe obreros a su mies, está especialmente dedicada al Esposo de María. Entonces es también mediador; entonces es el amo de la casa; entonces descansamos en su prudencia, en su pureza, en su cariño, en su poder. ¿Cómo no va a ser poderoso, Nuestro Padre y Señor San José? <sup>40</sup>.

Hemos de acudir confiadamente a San José para que nos haga buenos servidores de la Iglesia, siendo buenos hijos en esta familia suya. Sabemos que *por San José vamos directamente a María y, por María, a la fuente de toda santidad, a Jesucristo* <sup>41</sup>. En cualquier necesidad, el Santo Patriarca, que es Patrono principal de la Obra junto con la Santísima Virgen, atenderá nuestras súplicas. Como afirmaba nuestro Fundador, *el corazón de Dios está dispuesto a conceder gracias grandes. Pídele a José que remueva los obstáculos. Díselo. Dile que no puedes, que te ayude. Pídele una obediencia delicada a la Iglesia. Pídele un trabajo responsable, y un amor que se manifieste en obras, con obras pequeñas, porque con obras grandes pocas veces podrás servirla. Porque cosas grandes, sólo existen ordinariamente en la imaginación. Tú harás también las cosas grandes cuando se presenten, si haces cosas pequeñas* <sup>42</sup>.

\* \* \* \* \*

*Oh, feliz varón, bienaventurado José, a quien fue dado no sólo ver y oír al Dios, a quien muchos reyes quisieron ver y no vieron, oír y no*

(39) De nuestro Padre, Meditación *De la familia de José*, 19-III-1971, en *Crónica*, 1975, p. 6.

(40) De nuestro Padre, Meditación *San José, Nuestro Padre y Señor*, 19-III-1968, en *Crónica*, 1971, p. 198.

(41) Benedicto XV, Motu proprio *Bonum sane et salutare*, 25-VII-1920.

(42) De nuestro Padre.

oyeron, sino también abrazarlo, besarlo, vestirlo y custodiarlo... <sup>43</sup>. Parafraseando esta oración que la Iglesia recomienda a los sacerdotes para antes de celebrar la Misa, nuestro Padre ponía en labios de sus hijos esta petición encendida al Santo Patriarca: *José, Padre y Señor mío, humilde, limpiísimo, que has merecido llevar en tus brazos, y cuidar y abrazar a Jesús Niño, enséñanos a tratar a nuestro Dios, a ser humildes, a ser limpios, ¡dignos de llegar a ser otros Cristos!, y a hacer y a enseñar —como Cristo— los caminos divinos y ocultos y luminosos, diciendo a los hombres que pueden, en la tierra, en la realidad sencilla de su vida ordinaria, alcanzar una santidad maravillosa, una eficacia extraordinaria* <sup>44</sup>.

(43) Misal Romano, Oración preparatoria para la Santa Misa.

(44) De nuestro Padre.